

## El rincón del libro

Luis Alvarenga

ECO, UMBERTO: *Baudolino*. Editorial Lumen, Barcelona, 2001, 531 pp.



El paso de una etapa histórica a otra, o de una concepción de universo a otra no es abrupto. Este proceso podría compararse a la erosión. El tránsito de la Edad Media a la Modernidad es un ejemplo: la mentalidad medieval no desapareció el 11 de octubre de 1492, ni un día antes de que Constantinopla cayera abatida por los guerreros turcos. Una serie de factores, manifestada en

hechos, erosionaron esa mentalidad y dieron génesis a las concepciones de mundo y de ser humano propias de la Modernidad.

Umberto Eco sabe esto mejor que nadie. Su última novela, *Baudolino*, que acaso podría verse como un precioso juego lúdico frente a una novela como *El nombre de la rosa* —que requiere de conocimientos históricos, lingüísticos y culturales para poder adentrarse en ella—, de alguna manera trata sobre la erosión del pensamiento medieval.

El protagonista que da nombre al libro, Baudolino, es de origen campesino. Es un mitómano confeso. No hace más que mentir a cada momento. La historia de su vida, sazónada con todas sus mentiras, va transcurriendo según va relatándosela a su interlocutor, Nicetas, un historiador bizantino al que conoce durante la caída de Constantinopla, en 1204. Baudolino le ha salvado la vida, y mientras están buscando una forma de salir de la ciudad, le narra su historia, porque necesita que alguien la escriba. Y la suerte le ha colocado a Nicetas para que lo haga.

Al referir una historia, la propia, tejida con mentiras, Baudolino está perdiendo también un género literario desconocido en el decurso de la historia

que está narrando: la novela. Ésta es un invento de la Modernidad. El género narrativo por excelencia en el Medioevo es el cantar de gesta. Los cantares de gesta refieren, en verso, los sucesos heroicos de un caballero. La novela oral de Baudolino refiere las mentiras de un villano. Ante el elitismo de la canción de gesta, surge la horizontalidad de la novela, la cual se nutrió, sin duda, del cuento picaresco: Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, etc. Pero nos estamos adelantando en mucho a lo que está haciendo Baudolino: está gestando el embrión de ese género literario en el que también los plebeyos pueden ser protagonistas y en el cual el asunto no lo constituyen tanto las victorias militares, sino las alegrías y desgracias de los hombres y mujeres comunes.

Llama la atención el primer capítulo. Se supone que es la transcripción de un texto que Baudolino escribió a los catorce años, cuando comenzaba a escribir enseñado por monjes. Un ejemplo: «Ego io Baudolino de los Aulari con ena cabeza que semblat uno lione alleluja sien dadas Gratias al sinior ke me perdone / ~~a yo facc~~ habeo facto la robadura más grant de la mia vida., o sea e cogido de uno escrinio del obispo Oto muchos folii ke a lo mellor sont cosas dela ~~kancet~~ cancelleria imperial et elos raspado kasi todos menos ke donde non base et agora teneo tanta Pergamina per eschrevir lo ke quiero, osea la mia chrónika aunque non la se escrevire en latino». Según lo advierte Helena Lozano Miralles, traductora de la novela, todo lo anterior está escrito en

un idioma ficticio, en el que se advierten jirones de lenguas distintas. Como uno de los personajes de *El nombre de la rosa*: Salvatore, que se expresa en un entrevero idiomático similar. La traductora repitió la operación que Eco hizo en el texto original: inventar un idioma ficticio —el de la Alejandria natal, tanto de Baudolino como del autor del *Tratado de semiótica*—, que tuviese resonancias de lenguas verdaderas.

El texto del primer capítulo es el texto que está escribiendo en ese momento un campesino en una «lengua vulgar» —en el *sermo humilis*—, no en el latín culto de los monasterios. Expresarse en una lengua requiere complicidad. Todo código expresivo no es más que eso: la expresión de una conjura. Aparentemente, el texto de Baudolino es ininteligible. Pero una lectura cómplice permite que, valiéndonos de esos retazos de lenguas reales, podamos participar de la historia que el protagonista va escribiendo en el papel robado. La novela no es más que eso: una mentira contada en un pliego de papel que se le ha arrebatao a todos aquellos otros discursos que se pretenden dueños de la verdad. Pero, paradójicamente, esta mentira, al ser bien contada, al articularse verosímelmente y al suscitar nuestra complicidad, logra ahondar más en lo contradictorio de la realidad que todos aquellos saberes que buscan verdades puras. No fue gratuito el que Severo Sarduy comparara la literatura con el travestismo: es una simulación, un aparentar la realidad —al menos, si entendemos la realidad bajo el con-

cepto con el que operamos cotidianamente—. Por supuesto que, bajo un punto de vista más riguroso, la ficción novelesca se despliega bajo otro ámbito de realidad: no es una mentira sin más. Con acierto, la traductora trae a la memoria la advertencia de Eco a su *Tratado de Semiótica: Ésta puede considerarse como un estudio de la mentira*.

Baudolino le cuenta a Nicetas que fue adoptado por el emperador Federico Barbarroja, gracias a lo cual aprendió a escribir. Si el gran talento del protagonista era mentir, también descollaba en otra cosa: en aprender con facilidad cualquier lengua extranjera. Eso le servirá no solamente en su época de estudiante en París —que en el relato dista mucho de ser la urbe esplendorosa de la actualidad— y en su epopeya personal: la búsqueda del reino del Preste Juan, en la que se embarcan también sus amigos y vecinos de Alejandría.

Baudolino oye hablar por primera vez del reino del Preste Juan de labios de su mentor, Otón, sacerdote real y tío del Emperador Barbarroja. Cuando Otón fallece, le encarga a Baudolino la tarea de persuadir a su padre adoptivo sobre la conveniencia de expandir las fronteras reales hacia Oriente —en cuyo extremo se encuentra el reino del Preste Juan, patriarca de un culto cristiano herético—, en vez de desgastarse en incesantes pugnas con las nacientes ciudades italianas, amparadas bajo el ala del Papa romano. Sería inteligente, pues, unir fuerzas con el Preste, dadas su riqueza y poderío, solamente igualadas con su bondad.

Además, el reino del fantástico Preste estaría situado justo donde se encontraba el paraíso terrenal y, además, sería el poseedor de reliquias sagradas como el Santo Grial.

Acaso la larga peregrinación de Baudolino y los suyos hacia Oriente pueda parecer un anacronismo. Lo es, por cuanto es una empresa en la que los mitos religiosos se oponen a las realidades políticas del momento. Es decir: En lugar de gastar energías en una pugna política con la naciente burguesía —representada por las ciudades—, el Emperador deberá lanzarse a la búsqueda de un reino mítico —cosa que hace, efectivamente, convencido por Baudolino, perdiendo la vida en el intento—.

Sin embargo, también en esto Baudolino es un precursor del pensamiento moderno. Está vedado intentar ir a los confines del Orbe, pero Baudolino desafía esta prohibición. Su ruta busca el mismo lugar al que buscó llegar Colón por el mar: el extremo Oriente. El reino del Preste Juan y América son idénticos. En un sentido: son una utopía que impulsa a buscar el extremo del mundo. Las concepciones utópicas son también propias de la Modernidad. El hombre medieval vive bajo un concepto estable del Mundo. Las modernas utopías no hacen sino poner en crisis esta estabilidad. El que las rutas para acceder a esa utopía, el que los resultados concretos sean distintos a lo soñado es indiferente: la utopía se ha cumplido al transgredir, con la acción, los conceptos y las delimitaciones imperantes. La fe religiosa y la contemplación se cambian por la fe

en un absurdo (una u-topía, un lugar que no está en ningún lado) y por la acción para instaurar un sueño “en el reino de este mundo”, citando la frase de Carpentier.

Una de las partes más alucinantes de la novela se da en el capítulo 29, *Baudolino llega a Pndapetzim*. Pndapetzim es una ciudad, cercana a los dominios del Diácono Juan, hijo del Preste Juan, a la cual llegan Baudolino y sus amigos después de un largo peregrinaje por Oriente. En ella habitan razas de seres que nuestra razón calificaría de «monstruosos»: esciápodos, gigantes, camelopardos, blemias, panocios, nubios, eunucos, hunos blancos... Sin embargo, ahí reina otra lógica sobre las diferencias. Al ver esa variedad impresionante, uno de los acompañantes de Baudolino, el Poeta, le pregunta a Gavagai, un esciápod: “—¿No sois amigos porque sois distintos?”, a lo que su interlocutor replica:

—¿Cómo dice tú distintos?

—Bueno, en el sentido de que tú eres distinto de nosotros y...

—¿Por qué yo distinto de vosotros?

—¡Pero santísimo Dios! —dijo el Poeta—, ¡para empezar, tienes una sola pierna! ¡Nosotros y el blemia tenemos dos!

—También vosotros y blemia si levanta una pierna tiene solamente una.” (pp. 369 y 370)

Las diferencias que importan en ese mundo son las que se refieren a la interpretación del Nuevo Testamento

que cada raza posee. Los esciápodos afirman que los blemias y los cristianos ven a Jesucristo como un fantasma, en tanto no es un hijo de la naturaleza, sino de la voluntad divina, por ejemplo. Las rivalidades se dan, precisamente, en estas lecturas, que la ortodoxia católica llamaría *heréticas*.

Existe también una tribu de mujeres dedicadas a la contemplación: las Hipatias, lo que recuerda a la filósofa alejandrina. Este es uno de los pasajes más hermosos de esta hermosa novela.

Hay referencias que remiten a Poe —en una discusión teológica, Gavagai le dice a Baudolino que el Dios Hijo «no es *homoousios*, de misma sustancia que Padre, sino *homoiusios*, de parecida, pero no igual sustancia» (p. 403), lo cual recuerda que en un pasaje del cuento poeniano, *Algunos episodios de la vida de un hombre de moda*, aparece un sabio llamado Teólogo Teología, que “charló (...) sobre *Homoousios* y *Homoiusios*”. Probablemente el cuento de Poe aluda a verdaderos términos teológicos, pero la coincidencia llama la atención. También hay cosas que refieren a Melville (la alusión a las Islas Afortunadas, en la p. 409) y a Swift (“los blemias indicaban al caballo como *houyhnhnm*” (p. 398). Los *houyhnhnm* aparecen en *Los viajes de Gulliver* y es, efectivamente, una nación de seres con forma de caballos. Es como si se hubiese dado con el lugar del que manan todas las ficciones.

Para los habitantes de Pndapetzim y de la tierra del Diácono Juan —el Preste Juan es desconocido para todos,

aun para su presunto hijo—, el Occidente es la tierra ignota, del cual han oído sólo historias que les son alucinantes. En su lecho de moribundo, el Diácono Juan oye, de labios de Baudolino, un relato sobre los animales, las plantas y los lugares que nos parecen normales, pero que a él le resultan fantásticos. He aquí el tema de la relatividad de los puntos de vista.

Hay una zoología fantástica como la que pacientemente compiló Borges. Y ya que hablamos de Borges: el punto de cómo los habitantes de Pndapetzim entienden las diferencias y las similitudes, nos recuerda uno de sus cuentos —*El idioma analítico de John Wilkins*—, en el que se habla de una enigmática enciclopedia china, la cual tiene clasificaciones taxonómicas distintas a las usuales. Este texto fue usado por Foucault como punto de arranque de su libro *Las palabras y las cosas*, para probar que las clasificaciones son completamente arbitrarias. Borges se refiere a «cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está descrito que los animales se dividen en *a)* pertenecientes al emperador, *b)* embalsamados, *c)* amaestrados, *d)* lechones, *e)* sirenas, *f)* fabulosos, *g)* perros sueltos, *h)* incluidos en esta clasificación, *i)* que se agitan como locos, *j)* innumerables, *k)* dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, *l)* etcétera, *m)* que acaban de romper el jarrón, *n)* que de lejos parecen moscas».

Este libro, hay que repetirlo, es un tratado sobre la mentira. La mentira es la moneda de uso, en virtud de la cual

se mueven los personajes: Disfrazarse de los reyes magos, confiar en los mapas de un estafador para llegar a una tierra que nadie conoce, inventar una segunda muerte para Federico Barbarroja... la mentira sirve más que la presunta verdad para poder avanzar en la realidad. Es una de las tantas interpretaciones que este libro puede ofrecer.

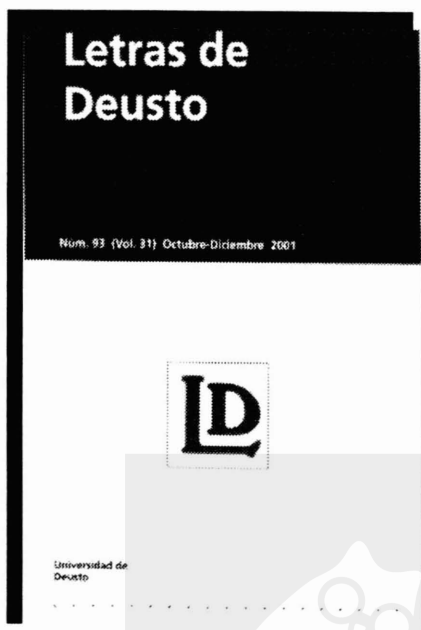
El último capítulo, “Baudolino se va” se centra en una discusión sobre lo que un historiador o un cronista *debe* referir. La discusión se da entre Nicetas y un sabio llamado Pafnucio. En realidad, toda la historia de mentiras que ha tejido Baudolino la ha referido Nicetas a su interlocutor. Para convertir ese relato a texto escrito, le advierte Pafnucio, habrá que realizar ciertas operaciones sobre el “texto oral” de Baudolino: (a) Borrar referencias que pongan en amenaza las creencias de los lectores (como aquellas que aluden a las falsas reliquias sacras que el protagonista y sus compañeros de peregrinaje se dieron a fabricar: un falso Santo Grial, la falsa calavera de un santo, etc.); (b) Suprimir las “pequeñas historias”: “...en una gran Estoria se pueden alterar pequeñas verdades para que resalte la verdad más grande. Tú debes contar la historia verdadera del imperio de los romanos, no unos pequeños trabajos que nacieron en una ciénaga lejana, en países bárbaros y entre gentes bárbaras” (p. 525) y (c) Deshacerse de lo que puede parecer *fantasioso*: “Y además, ¿querías meterles en la cabeza a tus lectores futuros que existe un Greal allá entre las nieves y el hielo, y

el reino del Preste Juan en las nieves tórridas? Quien sabe cuántos dementes se pondrían a vagar sin descanso por siglos y siglos” (pp. 525-526). Hay, pues, un código de supresiones en lo que canónicamente se conoce como Historia y lo que es desechado como *fantasía*, como quimera. Ni aquello que vaya en contra de lo que se ha convenido como real (volvemos a las ideas del *Tratado de semiótica*: la arbitrariedad del signo tiene éxito si está soportada por una convención social), ni las “microhistorias” (las historias personales, etc.), ni tan siquiera las “buenas” historias, en términos narrativos (“Era una buena

historia. Es una pena que nadie llegue a saberla”, se lamenta Nicetas, en la p. 526), por mucho que, por sí solas, constituyan un documento sobre las creencias y los anhelos de los seres humanos en una época determinada, ninguna de esas cosas tiene derecho a entrar a la Historia. Pero, aunque esa historia sea desechada por la Historia, como advierte Pafnucio, “antes o después, alguien, más mentiroso que Baudolino, la contará”. Y ese alguien es un novelista, o el personaje central de una ficción, cuyo papel es desenvolver el ovillo de esa historia ficticia, cuyo nombre podría ser Umberto Eco.



LETRAS DE DEUSTO, *Revista de la Universidad de Deusto, Bilbao, Número 93 (Vol. 31).*



Uno de los vacíos de nuestro medio académico es el escaso conocimiento de la realidad de la península ibérica, con todo y la historia en común que compartimos. En particular, la interpretación de la compleja realidad del País Vasco, pasa más por tamicos subjetivos o por visiones harto simplistas. En esta entrega de la revista de la universidad bilbaína, encontramos ensayos sobre temas vinculados a la historia de esa zona de la península, como por ejemplo, los de Armando Besga Marroquín (*Guipúzcoa durante la Alta Edad Media*), Enriqueta Sesmero Cutanda (*La situación sanitaria en Vizcaya, 1858-1872*), José

Carlos Enríquez Fernández (*Las identidades imaginarias de una ciudad de madera. Los mitos fundacionales del Quinientos bilbaíno*) y de Jean-Philippe Priotti (*Estructura y funcionamiento del sistema asegurador bilbaíno en Europa durante el siglo XVI*). En este sentido, es muy interesante la recuperación que *Letras de Deusto* hace del *Diario del bombardeo de Bilbao*, un documento que data de 1874. Su autora, Joaquina Murga, narra en sus páginas el sitio de las tropas carlistas a Bilbao y el bombardeo a esta ciudad.

Conocemos a un Miguel de Unamuno indócil, auténtico librepensador en el buen sentido de esa palabra. El Unamuno polemista aparece ante nuestros ojos en el trabajo de José Antonio Ereño Altuna, *Una polémica bilbaína de Unamuno en 1893: La cuestión del Ensanche*. La polémica, desarrollada en periódicos de la época citada, vinculada a problemas urbanísticos, sirve para gustar al Unamuno caústico, temible contrincante de ideas, cuestionador: los atributos que caracterizan a uno de los mejores escritores de nuestra lengua.

Complementan el volumen el trabajo consagrado a *La libertad de expresión y sus amenazas a la ética periodística en América Latina*, de María del Mar López Talavera, el estudio de Dionisio Viscarri titulado *Memorias de un dictador: Franco y su diario africano y La imagen española del Bósforo*, donde Pablo Martín Asuero trata los vínculos de España con esa encrucijada del Mar Mediterráneo.